El divorcio

Freida McFadden

Fragmento

Prólogo

Cuando llegue la policía y encuentre los cadáveres en la casa, ¿cómo se lo voy a explicar?

Si solo hubiera uno, la explicación sería más sencilla. Al fin y al cabo, no es raro que la gente se muera, por aquello del círculo de la vida y demás. Pero, cuando hay más de un muerto, la cosa se complica. No es que tenga mucha experiencia al respecto, pero es puro sentido común. Una persona puede fallecer por una causa accidental. En cambio, cuando se producen múltiples muertes..., bueno, la policía empieza a pensar en cosas como el *asesinato*.

Por otro lado, costará mucho explicar otros detalles a la policía, como qué les ocurrió a esos cuerpos *antes* de que se convirtieran en cadáveres. Me imagino a los agentes de la ley arqueando las cejas, o incluso poniéndome las esposas.

A propósito, esas sirenas suenan cada vez más fuerte. Estarán aquí de un momento a otro.

Una racha de viento trae hasta mis fosas nasales el hedor a carne churruscada. Hasta la última molécula de mi cuerpo me pide a gritos que huya mientras pueda. Dispongo de un breve espacio de tiempo antes de que llegue la policía. Podría subir a mi coche y poner tierra de por medio. El vecino cotilla que los ha llamado tal vez sabría indicarles la dirección en la que me he ido, pero nada más. Podría marcharme a algún lugar donde no me encuentren nunca. Podría convertirme en un fantasma.

Pero no me será fácil desaparecer del todo, porque, vaya a donde vaya, no lo haré en soledad. Después de todo, esto no lo he hecho por mí. Todo lo he hecho por *él*.

El ulular de las sirenas se intensifica por momentos. Falta menos de un minuto para que se planten aquí. Si había alguna oportunidad de que me esfumara, la he desaprovechado. Pronto, todo el mundo se enterará del suceso inenarrable que ha

tenido lugar en esta casa. Y, cuando eso ocurra, surgirán preguntas que requerirán respuestas.

El coche patrulla es el primero en llegar. Frena con un chirrido de neumáticos hasta detenerse, torcido respecto a la acera. Cuando el agente baja del asiento del conductor, levanto las manos para que pueda verlas bien.

Mi vida está a punto de cambiar para siempre.

PRIMERA PARTE

1

NAOMI

La primera señal de que algo no va bien es que la puerta del garaje no se abre.

Tenemos una de esas puertas «inteligentes» que detecta mi Lexus cuando enfilo el camino de acceso y se eleva en el momento preciso para evitar que la embista con el parachoques delantero. Es una de las prestaciones de la vivienda que mi marido me mostró muy orgulloso cuando nos mudamos aquí. Comentó en broma que la puerta era más lista que yo, y los años que llevo viviendo aquí le han dado la razón.

Hasta hoy.

Pongo la palanca de cambios en posición de estacionamiento y me quedo mirando la puerta como si fuera un acertijo por resolver. Tiene que haber una manera de abrirla de forma manual, seguro. Recuerdo con claridad a Jeremy diciéndome que, si no se abría automáticamente, solo tenía que…

—Mami… —dice la vocecita infantil de Teddy desde el asiento trasero—, ¿se ha roto la puerta?

Me vuelvo hacia mi hijo, al que acabo de recoger de su clase de kárate, por lo que aún lleva el quimono blanco. Está sujeto con el arnés a una silla infantil que, a sus cinco años, se le empieza a quedar pequeña. Se le ve tan desproporcionado en comparación con ella que casi resulta cómico, pero he leído que es lo más seguro en caso de accidente con vuelco. Además, el pediatra recomendó que usáramos el

asiento hasta que cumpliera los seis años, así que hago caso omiso de las caras de desaprobación que ponen otras madres cuando voy a buscarlo al jardín de infancia.

—No lo creo —respondo.

—Entonces ¿por qué no se abre?

Excelente pregunta.

Dirijo la mirada hacia la casa. Las luces están encendidas, lo que indica que Jeremy ya ha regresado del trabajo. Eso es casi tan sorprendente como que la puerta del garaje no funcione, porque él rara vez llega a casa antes del momento exacto en que nos sentamos a la mesa para cenar, y lo normal es que se presente mucho más tarde. Hoy ha venido por lo menos una hora antes de lo habitual.

Mi marido trabaja en la ciudad como gestor de un fondo de cobertura, y echa más horas que cualquier otra persona que conozca, pero en su favor hay que reconocer que, aunque a veces tiene que perderse la cena familiar, no hay noche que no se encuentre en casa a tiempo para acostar a Teddy. Salvo en las contadas ocasiones en que está de viaje de negocios, claro.

—Papá nos ayudará a averiguarlo —le digo a Teddy.

Él asiente en señal de conformidad. Desde su punto de vista, no hay nada que su padre no pueda hacer. Si surgiera la necesidad de que alguien diera varias vueltas volando alrededor de la Tierra para hacer retroceder el tiempo, Teddy presentaría a Jeremy como voluntario.

Bajo del coche y me tiro de la parte de atrás del pantalón de yoga, que siempre se me mete en la raja del culo. Luego me contorsiono sobre el asiento trasero para desabrocharle el arnés a Teddy, que me recompensa con una sonrisa mellada. Hace poco se le cayó su primer diente de leche, seguido algo después por el segundo, y luego por dos más. Estaba como loco de contento tras haber contemplado con envidia a sus compañeros de clase que ya habían empezado a perder dientes de leche, pero yo lo lamenté como otra señal más de que mi precioso bebé está creciendo.

Teddy coge su mochila de Bob Esponja, que debe de pesar tanto como él o incluso un poco más. Mientras caminamos hacia la puerta principal de casa, va inclinado hacia atrás, luchando por sostener el peso. Cuando llevo la mano al pomo, este no gira. Mascullo una maldición.

—¡Mami, has dicho una palabrota! —declara Teddy, tan horrorizado como emocionado.

—Perdón —me apresuro a contestar—. No era mi intención.

—¿Qué pasa? —pregunta con impaciencia.

—La puerta está cerrada con llave.

—¿Por qué?

Escarbo en mi bolso en busca de las llaves. Como suelo entrar por la puerta del garaje, que nunca está cerrada con llave, rara vez las uso. Aun así, estoy casi segura de que las llevo aquí en alguna parte.

—Ni idea.

—¿Y ahora qué haces?

Levanto la mirada del bolso y le dedico a Teddy lo que confío en que sea una sonrisa tolerante. A veces me da la impresión de que espera de mí que vaya comentando en directo todo lo que hago, y casi siempre intento complacerlo. Su maestra me ha dicho que es el chico de su clase con el vocabulario más amplio, y sospecho que es porque me paso el día hablándole.

—Busco las llaves de casa.

—¿Están en tu bolso?

—Sí.

—¿Seguro?

—¡Sí!

Madre mía, ¿dónde se han metido? Aparto un botellín de agua y lo que, por el tacto, debe de ser la piedra gigantesca que Teddy se encontró en el parque la semana pasada y me pidió que le guardara porque era «guay». Por fin, gracias a Dios, mis dedos se cierran sobre el llavero. Lo saco con un gesto triunfal.

—¡Tachán!

Teddy tiene la amabilidad de aplaudir.

Sea cual sea el problema con la puerta del garaje, puede esperar. Como de costumbre, el aparcamiento de la escuela de kárate era un caos, porque se encuentra

en un centro comercial al aire libre que cuenta con una docena de establecimientos más. Estuve varios minutos dando vueltas en el coche hasta que di con una plaza, justo en el momento en que las nubes que llevaban toda la tarde encapotando el cielo descargaban un chaparrón. Más de una hora después, sigo teniendo el pelo mojado y los zapatos encharcados. Nada me apetece más que una tarde tranquila en familia.

Introduzco la llave en la cerradura, pero no consigo darle la vuelta. Eso es... raro. Cuando llego a la conclusión de que, por más que forcejee, no va a girar, la saco. Examino el llavero, en el que solo hay dos llaves, la de casa y la de mi antigua consulta médica, a la que renuncié para convertirme en madre a tiempo completo por Teddy. Aunque no me arrepiento, conservo la llave por nostalgia. En cualquier caso, claramente no es la de mi casa. Aun así, la pruebo en la cerradura, por si acaso.

Nada. Tengo dos llaves, y ninguna de las dos abre la puerta de mi casa.

En ese momento, reparo en otra cosa. La cerradura está más reluciente de lo que la recuerdo. De hecho, parece nuevecita. Hasta donde yo sé, no la hemos cambiado ni una vez durante los años que llevo viviendo aquí.

Es la segunda señal de que algo va muy mal.

—¿Qué le pasa a la llave, mami? —pregunta Teddy.

—No lo sé.

—Cuando metes la llave en la cerradura, se supone que tienes que girarla —me aconseja, lo que no me ayuda mucho que digamos.

—Sí, ya lo sé, Teddy.

—¿La has girado?

—Sí.

—A lo mejor tienes que girarla otra vez.

Empieza a palpitarme la sien, y me estoy hartando de intentar resolver el misterio de por qué mi llave ya no funciona, así que me doy por vencida y toco el timbre. Como Jeremy no viene a abrir de inmediato, golpeo la puerta con el puño. Luego la aporreo con más fuerza.

—¿Por qué estás pateando la puerta, mami? —pregunta Teddy.

—Quiero estar segura de que papá nos oiga.

Gracias a Dios, unos segundos más tarde percibo unos pasos que se acercan al otro lado de la puerta. El pomo gira y mi marido aparece ante mí, con el cuello de la camisa de vestir desabrochado y sin corbata. Jeremy cumplió los cuarenta hace unos seis meses, y está más guapo que nunca. Se cuida; es una especie de gurú del ejercicio que se levanta una hora antes los martes y jueves para ir al gimnasio. Los otros días de entre semana, sale a correr al parque. No ha perdido nada de pelo, que es castaño tirando a rubio, con solo unos mechones grises en las sienes. Sus ojos de color marrón oscuro conservan la misma intensidad desde el día que lo conocí, y la diligencia con que se pasa el hilo dental debe de rendir fruto, porque tiene una dentadura blanca y perfecta. Cuando sonríe se le marcan unas patas de gallo que me parecen de lo más sexis.

La mayoría de mis amigas apenas toleran a sus maridos. Una de ellas me contó que se había visto obligada a pedir cita con un especialista porque usaba la excusa de sufrir dolor de cabeza demasiado a menudo para librarse del sexo marital. Yo, en cambio, no tengo ese problema. Incluso después de años de matrimonio, todavía siento ese estremecimiento cada vez que poso la mirada en Jeremy. La química entre nosotros sigue intacta.

—¡Papi! —exclama Teddy abalanzándose hacia Jeremy, como todos los días.

El pequeño idolatra a su padre. Por Navidad, fuimos de vacaciones en familia a Disneyland, y yo diría que el entusiasmo de Teddy al conocer a Mickey Mouse palidece en comparación con el que muestra cada tarde cuando su padre llega a casa. Y eso que a Teddy le encanta ese ratón.

Jeremy recompensa a nuestro hijo con una sonrisa radiante y lo coge en brazos como si no pesara nada, cuando yo he sufrido dos pinzamientos de espalda durante el último año por intentar levantarlo. Jeremy es un buen padre. No, me quedo corta: un padrazo. Es una de las muchas cosas que adoro de él.

—Papi, la puerta se ha roto —dice Teddy muy serio.

—¿De veras?

El chiquillo asiente con solemnidad. Es un gesto que ha sacado de Jeremy; se le parece un montón cuando lo hace.

—¡No podíamos entrar!

Sostengo en alto mi llave al entrar en casa.

—La llave no giraba. ¿Has cambiado la cerradura?

Mi marido se queda dudando y no responde a mi pregunta. Después de dejar a Teddy en el suelo, abre del todo la puerta principal.

—Teddy —dice—, ¿qué te parece si subes a tu habitación a jugar sin hacer ruido? Tengo que hablar con tu madre.

Si se lo pidiera yo, Teddy me interrogaría al respecto durante media hora; sin embargo, como la orden viene de su padre, cruza el umbral al trote y sube a su cuarto sin rechistar. En cuanto desaparece escaleras arriba, Jeremy cierra de nuevo la puerta y se vuelve hacia mí.

—Jeremy —digo retorciéndome las manos—, ¿qué ocurre?

Mi marido se frota el mentón, en el que empieza a apreciarse una sombra de barba después de afeitarse esta mañana. Me rehúye la mirada, y esa es la tercera señal de que algo no va bien. Por lo general no le cuesta establecer contacto visual. Es el rey del contacto visual.

—Naomi —dice—, tenemos que hablar.

2

No me gusta cómo suena eso.

No tengo ni idea de qué quiere decirme Jeremy, pero, sea lo que sea, por lo visto su intención es que lo hablemos a solas. No hace ademán de entrar en el salón o de dirigirse a algún sitio más cómodo. Así que nos quedamos aquí, de pie, en el porche delantero.

—Vale... —digo—. ¿De qué quieres que hablemos?

Me dedica una de sus sonrisas irresistibles, que aún hacen que me tiemblen las rodillas.

—Tengo una gran sorpresa para ti.

—Ah, ¿sí?

—Como lo oyes. He decidido reformar toda la casa: pintar las paredes, cambiar los suelos, renovar la cocina. El lote completo.

La tensión abandona mi cuerpo de golpe. ¿De eso iba todo? ¿De una reforma? Al descubrir que había cambiado la cerradura y oírlo anunciar que teníamos que hablar, pensé que iba a decirme que...

Bueno, da igual.

—¿Una reforma? —digo.

—Es tu regalo de aniversario atrasado, cariño —explica.

Nuestro aniversario fue hace un mes. Yo le preparé su plato favorito para la cena —solomillo a la pimienta— y le compré un par de gemelos que sabía que le encantarían. Jeremy, a su vez, me hizo un obsequio espléndido: un precioso collar de plata con un colgante de cristal de amatista.

—Pero si ya me diste un regalo —señalo.

—Bueno —dice—, no tiene nada de malo que me guste mimar a mi mujer de vez en cuando, ¿no?

Se me escapa una sonrisa. Jeremy es un buen padre, pero es aún mejor marido. Nos considero una pareja ideal, incluso ahora que he dejado temporalmente el trabajo para criar a nuestro hijo. Es cariñoso y considerado, pero, lo que es más importante, no me ha dado un solo motivo para dudar de que me quiere con locura.

—Es una sorpresa estupenda —digo con una sonrisa que me parece un poco forzada—. Pero preferiría que me lo hubieras contado antes.

—Pero entonces no habría sido una sorpresa, ¿no crees?

Qué típico de Jeremy. Planea nuestras vacaciones en familia hasta el último detalle y solo me cuenta lo estrictamente imprescindible. Estoy en la cocina preparando la cena, y entonces viene y me dice: «Eh, oye, Naomi, la semana que viene nos vamos a Italia». Es bonito, pero también un poco exasperante. Al fin y al cabo, formamos un equipo, y a veces me gustaría que me consultara antes de hacer planes, por muy románticos e ilusionantes que sean, como viajar al extranjero... o reformar la casa.

Por otro lado, su intención es buena, aunque en realidad no necesitemos repintar, cambiar las paredes ni una cocina nueva.

—Y no te lo pierdas —añade—: ya te he hecho el equipaje y todo.

¿Qué?

Jeremy me conduce hasta el salón, donde hay tres maletas de piel dispuestas en una ordenada pila. Las compró hace cuatro años por mi cumpleaños. Maletas de piel a juego. Recuerdo que, al deslizar la mano por el material, pensé que eran unos de los objetos más bonitos que había tenido. Seguramente valían más que el coche que llevaba antes de que Jeremy lo entregara como entrada para comprarme un Lexus plateado como regalo de aniversario ese mismo año. Le encanta mimarme.

Señala con un gesto las maletas que están en el suelo.

—He pensado que podíamos quedarnos unas semanas en el piso de mis padres mientras duren las obras. Está a solo veinte minutos en coche.

Cuando Jeremy renunció a su apartamento de soltero en Manhattan y nos mudamos a Long Island con Teddy, sus padres dejaron esta casa, que él les había comprado unos años antes, y se instalaron en una vivienda en planta baja que adquirió para ellos. La casa tenía demasiadas escaleras de todos modos, así que se marcharon con gusto. Para entonces ya había empezado a deteriorarse la salud de su padre, que fallecería un año después. Su madre aguantó dos años más. Jeremy los visitaba a menudo y, cuando él mismo no podía hacerles los recados, pagaba a otras personas para que se encargaran de ello. Además de un buen padre y un buen marido, era un buen hijo.

—¿Y tu equipaje? —pregunto—. ¿Y el de Teddy?

—De hecho —dice algo avergonzado—, quería pedirte que te adelantaras para limpiar el piso. Hay bastante polvo, y el segundo dormitorio está lleno de cajas.

Así que, al parecer, la sorpresa que mi marido ha preparado para mí por nuestro aniversario requiere que yo lleve a cabo una limpieza a fondo del viejo piso de sus padres.

—Lo siento —se apresura a añadir—. Lo habría hecho yo mismo, pero ya sabes que limpiar se me da fatal, Naomi. Seguramente lo dejaría aún más sucio de lo que está.

Eso podría ser verdad, aunque no tengo manera de saberlo, dado que nunca he visto a Jeremy intentando limpiar nada en todo el tiempo que llevamos casados. Pese a ser un excelente marido y sostén de la familia, como amo de casa deja bastante que desear. Nadie es perfecto, supongo.

—Ayudaré a Teddy a hacer las maletas —me asegura—. Nos reuniremos contigo mañana.

—¿Y la cena?

Me mira con expresión divertida.

—Soy capaz de preparar algo de cenar para mi hijo y para mí. Estuve soltero mucho tiempo antes de que aparecieras tú, ¿recuerdas?

—No sabes qué le gusta.

—Pediré una pizza o le haré unos nuggets de pollo congelados en el microondas.

Frunzo el ceño.

—Ya sabes que eso no es sano. Deja que le prepare algo antes de irme.

—Naomi, no se morirá por cenar pizza y nuggets de pollo una noche. De todos modos, no le gustan esas cosas raras que cocinas tú.

Razón no le falta. Anoche le serví un delicioso bol de açaí con granola de quinoa casera y me miró como si le estuviera dando veneno. No se le pasó el berrinche hasta que le hice unos macarrones con queso de caja.

Jeremy suaviza el tono.

—Yo me ocupo de la cena hoy. Saldrá bien. Como te he dicho, tú solo tienes que dejar el piso a punto, y nosotros llegaremos mañana.

—¿Pretendes que duerma allí?

—¿Por qué no? Todas tus cosas estarán ahí. Será solo una noche.

—¿Y cómo te las arreglarás por la mañana?

—Rosita llevará a Teddy al colegio, como siempre —dice—. Luego podrás ir a recogerlo y llevarlo al piso.

—¿Y la hora de dormir?

Arruga el entrecejo.

—¿Qué pasa con la hora de dormir? Soy yo quien acuesta a Teddy siempre.

Es verdad. Desde que recuerdo, Jeremy ha sido el encargado de llevarlo a la cama. Pero eso no significa que yo no me pase por el cuarto de Teddy para plantarle un beso en la aterciopelada mejilla todas las noches, incluso cuando ya se ha quedado dormido.

No sé si podré conciliar el sueño sin ese pequeño ritual.

—Será solo una noche —alega Jeremy—. Respetemos su rutina un día más.

—¿Y le explicarás *tú* por qué no estoy en casa?

Se encoge de hombros.

—No creo que se lo tome tan a mal.

¿Bromea? ¡Y luego dirá que conoce a nuestro hijo! Cuando me compré un bolso nuevo hace poco, Teddy me bombardeó a preguntas sobre por qué había comprado un bolso nuevo y qué tenía de malo el viejo y qué había hecho con él y si se lo podía dar. ¿De verdad piensa Jeremy que, *si no duermo en casa*, Teddy no se enterará ni hará preguntas?

—Algo tenemos que decirle, Jeremy.

—Vale, vale —dice alzando las manos. En otra época, debió de tenerlas ásperas y llenas de callos, porque se había pagado la universidad trabajando a tiempo parcial en una empresa constructora, pero eso fue hace mucho tiempo. Ahora tiene las manos de un gestor de fondos de cobertura—. Yo le explicaré lo de la reforma.

Bajo la vista hacia las maletas apiladas en el suelo. Madre mía, ha metido un montón de cosas ahí.

—¿Cuánto crees que tardarán en terminar?

—Una semana, tal vez dos. Lo que llevará más tiempo será la cocina, pero podemos regresar antes de que la acaben.

El mero hecho de pensar en esta remodelación me resulta agotador. Aunque él la pinta como una sorpresa para mí, no me apetece nada hacer esto. Pero si algo he aprendido sobre Jeremy durante nuestra vida de casados es que es terco como una mula. En cuanto se le mete una idea en la cabeza, no hay quien se la quite. Está acostumbrado a salirse con la suya. Si ha decidido que nuestra casa, aunque es relativamente nueva, necesita una reforma, esta tendrá lugar sí o sí.

Pero ¿por qué hay una voz en mi mente gritándome que *algo no va bien*?

Como si percibiera mi inquietud, Jeremy alarga la mano hacia la mía.

—Estoy muy ilusionado con esto, Naomi. Va a ser como instalarnos juntos en una casa nueva.

Dejo que me tome de la mano y, cuando me da un apretón, noto la calidez y la firmeza de su palma.

Con su metro ochenta de estatura, Jeremy me saca exactamente quince centímetros. Es la altura perfecta para que levante la vista hacia él y me sienta amada y protegida. Siempre creí que había sido cosa del destino que ese día me hubiera olvidado la cartera y que él se ofreciera a pagarme el café en Starbucks. Recuerdo que, en cuanto lo vi con su elegante traje italiano y su corbata roja de ejecutivo, supe al instante que ese era el hombre con el que pasaría el resto de mi vida. Me hizo desear ser el tipo de mujer con la que él quisiera pasar el resto de la suya.

—¿Me llamarás para que pueda darle las buenas noches a Teddy? —le pregunto.

—Claro.

Exhalo un suspiro de extenuación al pensar que voy a tener que pasarme la noche limpiando ese antiguo apartamento.

—Está bien —accedo—. Lo haré.

Jeremy relaja los hombros visiblemente.

—Gracias, Naomi.

Asiento con la cabeza.

—Oye, deja que te ayude con el equipaje —dice.

Coge una de las gigantescas maletas, que por fortuna tiene ruedas, pues de lo contrario me sería imposible transportarla sola.

—Subo un momento a echar un vistazo al armario —digo—. Solo para asegurarme de que no te hayas dejado nada.

—No hace falta —dice mientras tira de la maleta hacia la puerta principal—. Estoy casi seguro de que me he acordado de meterlo todo.

—¿Y mi cristal de orgonita? —Mi pirámide de orgonita es un generador de energía positiva que tengo sobre la mesilla de noche—. ¿Lo has metido también?

Tuerce los labios.

—Sí.

—¿Sujetadores?

Esta vez se ríe.

—Por favor, no soy tan inútil, Naomi. Créeme, está todo ahí dentro.

Pero... ¿por qué? ¿Por qué ha puesto tantas cosas en las maletas si solo vamos a estar un par de semanas fuera?

—¿Por qué has cambiado la cerradura? —pregunto, incapaz de contenerme.

Jeremy levanta la mirada hacia mí, sorprendido.

—Tenía que hacerlo. No querrás que todos los pintores y contratistas tengan las llaves de nuestra casa, ¿no?

—Es verdad...

Aunque..., un momento. No, eso no tiene sentido. Si nos preocupa que los pintores y contratistas tengan las llaves de casa, ¿no deberíamos cambiar las cerraduras una vez que hayan finalizado las obras?

Pero Jeremy está ajetreado sacando mis maletas al porche, así que decido no seguir interrogándolo. Seguro que, si insisto en el tema, me dará una explicación perfectamente razonable y me hará sentir como una tonta por habérselo preguntado.

Jeremy levanta con dificultad dos de las maletas para meterlas en el portaequipajes de mi coche mientras yo lo sigo de cerca con la tercera, tan grande y pesada como las otras dos. Aunque asegura que pasaremos unos días fuera mientras duran las reformas de casa, ha hecho varias cosas que no cuadran con esa afirmación. Y sé algo más acerca de Jeremy.

Es un hacha mintiendo.

Lo he visto mentirles por teléfono a sus colegas de trabajo. Lo he visto mentirles a sus amigos y sus padres. Incluso lo he visto mentirle a Teddy.

Que yo sepa, a mí nunca me ha mentido. La confianza mutua es la piedra angular de todo buen matrimonio. Sí, Jeremy miente muy bien, pero tengo que creer que está diciendo la verdad sobre esto, porque, si no confío en él, lo nuestro no tiene futuro.

Jeremy cierra de golpe el maletero de mi Lexus.

—Gracias por adecentar el apartamento —me dice, hurgándose en el bolsillo de su pantalón de vestir y sacando un llavero con una sola llave—. Es la de la puerta principal.

Cojo la llave sin que se toquen nuestros dedos.

—Gracias. Hasta mañana.

Esta vez me mira directamente a los ojos.

—Hasta mañana, Naomi.

La última señal de que Jeremy no ha dicho más que mentiras es que no me besa antes de que suba al coche para alejarme de la casa en la que he vivido durante los últimos cuatro años.

3

No es para tanto. Se trata solo de una reforma rápida. Luego nuestra vida volverá a la normalidad».

Repitiendo estas palabras en mi mente una y otra vez, conduzco hacia el piso de dos dormitorios donde vivieron sus últimos años los padres de Jeremy. Está a veinte minutos en coche, aunque, cuando es él quien va al volante, solo tarda quince. No cree mucho en los límites de velocidad.

Mientras aparco en el camino de entrada de la casita dividida en dos viviendas, me pregunto qué estarán haciendo Jeremy y Teddy en este momento. Aunque mi marido asegura que puede encargarse de la cena, nunca lo he visto cocinar ni un huevo frito desde que estamos juntos, ni siquiera calentar algo en el microondas. Lo único que le he visto hacer es poner la cafetera.

¿Y si no prepara bien los nuggets de pollo? ¿Y si Teddy está sentado a la mesa ahora mismo, con las tripas rugiendo y sin nada que comer, y entonces se da cuenta de que no estoy y rompe a llorar desconsoladamente?

Respiro hondo varias veces para recuperar la calma. Jeremy es un destacado banquero de inversiones, y es perfectamente capaz de darle de cenar a nuestro hijo una noche. Además, está bien que los chicos pasen un rato solos para variar.

Bajo del coche y abro el maletero. Dentro me esperan las tres maletas que Jeremy ha hecho por mí, aunque esta vez no tengo a nadie que me ayude con ellas. Agarro la primera y se me escapa un resoplido al notar su peso. A Jeremy no parecía costarle mucho cargar con ellas, pero es mucho más fuerte que yo. Casi me dejo la espalda intentando sacarla del maletero. La segunda no es más ligera, y la tercera es la más pesada de todas.

Madre mía, pero ¿qué ha metido ahí? ¿Piedras?

Por fortuna, todas tienen ruedas, así que consigo llevarlas una a una por el camino de acceso hasta el apartamento. Aunque Jeremy compró la planta baja con jardín para sus padres, ha estado vacía desde que falleció su madre. Él la limpió justo después, pero no sé si alguien ha estado aquí desde entonces.

La llave que me ha dado Jeremy encaja en la cerradura, pero no gira. Por un momento, entro en pánico al pensar que me ha vedado el acceso a otra casa más. Pero continúo moviendo la llave hasta que por fin la cerradura cede. Aunque la puerta está un poco dura, consigo abrirla empujando.

Cuando Marti Roth vivía aquí, me parecía un espacio luminoso y amplio, pero han cambiado muchas cosas en el año transcurrido desde su muerte. Todas las cortinas están corridas y cubiertas con una capa de polvo. El sofá con estampado de flores de Marti, antes blanco, ahora es más bien gris, al igual que la pantalla de la lámpara que se alza al lado. Está todo tan polvoriento que, en cuanto respiro hondo, me da un ataque de tos.

Cuando por fin consigo dejar de echar los pulmones por la boca, estoy bastante segura de que oigo el correteo de unas patitas. De unas patitas peludas.

Ay, Dios. Jeremy no estaba de broma cuando ha dicho que había que limpiar a fondo.

Siento un fuerte impulso de sacar el móvil del bolso y suplicarle que mejor me deje alojarme en un hotel o por lo menos encargar la limpieza del piso a profesionales. Llevo la mano al bolso y rebusco por unos momentos, pero, justo cuando mis dedos se cierran sobre el teléfono, cambio de idea. Jeremy es un excelente pilar económico de la familia, y a cambio me pide muy poco. Si quiere que limpie este apartamento, vaya que si lo voy a hacer.

Me plantearé esto como unas minivacaciones sin mi familia. Y sin respirar aire limpio, por lo que parece.

El pequeño apartamento cuenta con dos dormitorios, aunque uno es tan minúsculo que más bien parece un armario grande con una cama individual. Está abarrotado de cajas polvorientas que supongo que Jeremy no tuvo tiempo de revisar tras el fallecimiento de sus padres. Si este va a ser el cuarto de Teddy mientras duren las obras, no me quedará más remedio que tirarlas.

La otra habitación promete más. Contiene una cama doble, que alguien dejó hecha cerca de un año atrás, pero ahora está cubierta de polvo, como todo lo demás. Cuando me siento en ella, las partículas salen volando por el aire y me provocan

violentos estornudos. Espero que Jeremy haya incluido sábanas limpias en mi equipaje.

Regreso al salón para buscar mis maletas y las arrastro hasta el dormitorio principal, dejando un rastro en el polvo de la moqueta. Después de echarles un vistazo, he de reconocer que Jeremy las ha preparado a conciencia. El cristal de orgonita está ahí dentro, tal como me prometió, y, en efecto, ha metido también unos cuantos sujetadores, junto con un montón de prendas más, artículos de aseo, toallas, ropa de cama e incluso mis libros de texto de medicina.

Al verlos, se me remueve algo por dentro. Aunque ser madre a tiempo completo es el mejor trabajo que puedo imaginar, hay días en que echo de menos tener pacientes. Me encantaba ser médica y ayudar a la gente a curarse de sus males; nada me llenaba más hasta que descubrí la maternidad. Ahora que Teddy va al jardín de infancia, debería pensar en abrir una consulta aquí, en Long Island.

Cuando llego al fondo de la segunda maleta empiezo a ponerme muy nerviosa. Jeremy se ha pasado con el equipaje. ¿Por qué ha incluido mi abrigo de invierno, si estamos en abril? Solo me lo puedo poner en los meses más fríos. ¿Qué demonios le ha hecho pensar que lo voy a necesitar si solo vamos a pasar un par de semanas aquí? A no ser que...

A no ser que crea que vamos a estar aquí más de una semana.

Mucho más de una semana.

Me tumbo en el colchón. Se ha endurecido en el último año, y se hunde muy poco bajo mi peso. Hay algo en todo esto que no cuadra. A juzgar por el contenido de las maletas, Jeremy no cree que vayamos a volver a casa en un futuro próximo.

¿Tenemos problemas económicos? ¿Va a vender la casa y le da demasiada vergüenza confesármelo?

No vivimos por encima de nuestras posibilidades. Cuando nos conocimos, Jeremy ya gestionaba un fondo de cobertura con éxito, tanto que insistió en que firmáramos un acuerdo prenupcial. La mera idea de que haya dilapidado nuestro dinero y ahora estemos tan desesperados que tengamos que vender nuestra casa..., bueno, me parece ridícula.

Hurgo de nuevo en mi bolso en busca del teléfono. Esta vez, cuando lo cojo, no lo suelto. Lo saco y, sin poder contenerme, le escribo un mensaje de texto a mi marido.

¿Hay algo que no me estás contando?

Me quedo sentada en la cama de mi difunta suegra, contemplando la pantalla de mi móvil. Mientras espero la respuesta, un crujido procedente del exterior del apartamento me hace erguir la cabeza.

¿Qué ha sido eso?

Ha sonado como si alguien anduviera rondando por ahí fuera. Me levanto de la cama y me acerco a la ventana, con el corazón latiéndome cada vez más fuerte. Me recuerdo a mí misma que es un barrio decente; Jeremy jamás les habría comprado a sus padres un piso en una zona peligrosa.

Sin embargo, cuando miro por la ventana a oscuras que da a un lateral de la casa, el crujido se vuelve más intenso. De pronto, capto un movimiento fugaz al otro lado.

¿Era una silueta humana?

Aprieto el teléfono en la mano, preguntándome si llamar a Jeremy. O tal vez debería subir al coche y volver derecha a casa. Mi marido no querría que me quedara en un apartamento que no es seguro.

Salvo que ya he deshecho la mitad del equipaje. Y, si las obras van a empezar de verdad mañana, tengo que dejar el piso en condiciones habitables antes de que Teddy salga de la escuela. No voy a permitir que inhale todas estas partículas de polvo y le dé un cáncer. Me queda mucho trabajo por hacer antes de dejar que se aloje aquí.

Doy otro paso hacia la ventana. Esta vez oigo otro ruido que me inquieta aún más.

Un chirrido, como si alguien arañara el cristal lentamente.

Hasta aquí hemos llegado. No puedo quedarme ni un minuto más en este apartamento. Me da igual si tengo que acarrear sola estas tres monstruosas maletas hasta el coche. No voy a dejarme asesinar en plena noche por un tipo con un garfio a modo de mano. Jeremy lo comprenderá.

Pero, justo cuando me dispongo a dar media vuelta para salir pitando de la habitación, alzo la mirada por un instante y es entonces cuando vislumbro la rama del árbol. Está pegada a la parte superior de la ventana y, cada vez que se levanta un soplo de brisa, rasca el vidrio.

Dejo caer los hombros. Resulta que no había un intruso con un garfio por mano rondando por la casa. No era más que un árbol. Jeremy siempre dice que tiendo a sacar conclusiones precipitadas y, en este caso, tendría toda la razón.

Con un suspiro, me encamino hacia la cocina para buscar el material de limpieza.